

ORA CON _____
NOSOTROS

L
E C
CIÓN
T
ÍS
IO





ORACIÓN

Señor, te damos gracias por habernos reunido en tu presencia para escuchar tu Palabra: en ella nos revelas tu amor y nos das a conocer tu voluntad. Haz callar en nosotros toda voz que no sea la tuya, y para que no encontremos condenación en tu palabra leída pero no acogida, meditada pero no amada, rezada pero no apreciada, contemplada pero no realizada, envía tu Espíritu Santo para que abra nuestras mentes y sane nuestros corazones. Sólo así nuestro encuentro con tu palabra será renovación de la alianza y comunión contigo y con el Hijo y el Espíritu Santo, Dios bendito por los siglos de los siglos.

Amén



TEXTO BÍBLICO

(ÉXODO 3,1-12)



Moisés, que apacentaba las ovejas de su suegro Jetró, el sacerdote de Madián, llevó una vez el rebaño más allá del desierto y llegó a la montaña de Dios, al Horeb. Allí se le apareció el Ángel del Señor en una llama de fuego, que salía de en medio de la zarza. Al ver que la zarza ardía sin consumirse, Moisés pensó: «Voy a observar este grandioso espectáculo. ¿Por qué será que la zarza no se consume?». Cuando el Señor vio que él se apartaba del camino para mirar, lo llamó desde la zarza, diciendo: «¡Moisés, Moisés!». «Aquí estoy», respondió el. Entonces Dios le dijo: «No te acerques hasta aquí. Quítate las sandalias, porque el suelo que estás pisando es una tierra santa». Luego siguió diciendo: «Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob». Moisés se cubrió el rostro porque tuvo miedo de ver a Dios. El Señor dijo: «Yo he visto la opresión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor, provocados por sus capataces. Sí, conozco muy

bien sus sufrimientos. Por eso he bajado a librarlo del poder de los egipcios y a hacerlo subir, desde aquel país, a una tierra fértil y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel, al país de los cananeos, los hititas, los amorreos, los perizitas, los jivitas y los jebuseos. El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto cómo son oprimidos por los egipcios. Ahora ve, yo te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas». Pero Moisés dijo a Dios: «¿Quién soy yo para presentarme ante el Faraón y hacer salir de Egipto a los israelitas?». «Yo estaré contigo, le dijo a Dios, y esta es la señal de que soy yo el que te envía: después que hagas salir de Egipto al pueblo, ustedes darán culto a Dios en esta montaña».

LECTIO

¿QUÉ DICE EL TEXTO?



Entre todas las realidades geográficas cargadas de poder simbólico, la montaña ocupa un lugar especial. Está asentada sobre la tierra, pero se eleva majestuosamente queriendo tocar el cielo. Por eso constituye en la cultura religiosa de los pueblos el primer santuario y altar. Y escalarla es un acto religioso.

Sinaí, montaña de Dios y Horeb son tres designaciones de una misma realidad: la presencia del Dios trascendente que se abaja para mirar, para escuchar y para salvar a su pueblo. Allí se manifiesta el Dios de la Alianza, allí hace sentir su presencia y su poder, allí da sus palabras al pueblo que lo sigue por el desierto.

Hasta allí llega Moisés trashumando con el rebaño de su suegro y allí se le manifiesta Dios en una simple pero maravillosa teofanía. La montaña es ya un signo de Dios con su paisaje, su ambiente y la posibilidad que ofrece de contemplar desde su altura los paisajes y rebaños, los campos y cultivos. Pero a esto agrega el autor del relato tres signos más: el fuego, la zarza y la Palabra. La zarza es pura pobreza e inutilidad; el fuego y la Palabra son signos de presencia y de poder. Todos se conjugan para manifestar una cercanía que trasciende y conquista, que transforma y plenifica.



MEDITATIO

¿QUÉ ME DICE EL TEXTO?





A la manifestación de Dios responde siempre una actitud humana que se sumerge en el misterio y en la trascendencia. El texto de Éxodo nos ofrece varias acciones de Moisés, que son sugestivas para nuestro propio actuar cuando entramos en contacto con el Señor y sentimos su acción interpelante.

- Moisés ve el signo y se deja tocar por él. “Vio que la zarza ardía y no se consumía” (v. 2). Se queda en el signo más pequeño de la presencia divina porque es el que lo impresiona. “¿Por qué no se consume la zarza con el fuego?” (v. 4). ¿Me impresionan todavía las cosas simples y sencillas? ¿O sigo esperando de Dios manifestaciones fuertes y grandiosas como condición para mi propia conversión?
- Moisés se acerca ante el misterio porque quiere profundizar en él. “Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar que pisas es suelo sagrado” (v. 5). Es el despojo. Ante Dios sólo podemos estar descalzos, desnudos y desprovistos de todo. Él todo lo llena y lo transforma. ¿Cómo vivimos nuestro propio despojo?
- Experimenta un temor reverente ante la presencia de Dios: “Moisés se cubrió el rostro porque temía ver a Dios”. Es la experiencia doble de la pequeñez y del Amor. Por eso es un temor religioso que se vuelve alabanza y se expresa en admiración. Todo lo cual se reúne en la oración.
- Es consciente de su pequeñez pero habla con sinceridad al Señor. Lo bello de todo esto es que la trascendencia no aplasta sino que permite el diálogo sencillo con la criatura. El servidor del plan de Dios siempre será consciente de su inutilidad (cfr. Lucas 17,10), pero sabe que Dios está con él para cumplir la salvación. “Yo estaré contigo”, le responde el Señor (Éxodo 3,10).

Cuántos detalles de esta actitud de Moisés pueden servirnos a nosotros para descubrir nuestra propia realidad, nuestras búsquedas y huídas, nuestros recelos y temores. Pero permanece la única misión del Señor que llama : “¡Yo estaré contigo!”.

ORATIO

¿QUÉ LE DIGO?



Señor, condúceme a la montaña, condúceme a ti.
Enséñame a servirte, porque estar a tu servicio exige libertad.
Me pides salir de la esclavitud en la que muchas veces me
siento cómodo,
sacúdeme las cadenas que me impiden caminar sereno.
Dame la gracia de disfrutar de la vida que me has regalado,
de respirar el viento que refresca,
de contemplar la existencia desde arriba,
de obtener perspectiva.
Dame la gracia de saberme amado,
elegido para poder ofrecer mi vida
como oblación gratuita y alegre,
como acción de entrega y alabanza.
Dame, por último, oídos para escucharte,
para que, en esos días de tristeza,
de falta de fuerza y falta de voluntad,
pueda escuchar lo que le dijiste una vez a Pablo:
“Te basta mi gracia, que mi fuerza se realiza en la debilidad”
(2 Corintios 12,9).





CONTEMPLATIO

¿A QUÉ ME INVITA DIOS?

Dios, como Moisés en el fuego de la zarza nos consumes con tu caridad nos llamas por nuestro nombre y nos haces comprender tu proyecto de libertad.

Enséñanos a descubrir la cercanía a tu misterio que no es sólo intimidad que nos enriquece, sino que es fuente de amor hacia todos nuestros hermanos y hermanas, deseo de cercanía para dar a conocer tu voluntad.





- Inquietar -
agustinos recoletos



